

¿Para qué?

Hacía seis años que era maestra en aquel pueblecillo de casas bajas y sucias. Los seis restantes de los doce que tenía de enseñar, los pasó en otros caseríos no menos tristes e insignificantes. Tan insignificantes y tristes como la magra figurilla morena en que Dios vaciara esta alma. Bien deseó ella trasladarse a algún distrito más importante que estos que le tocaran hasta entonces, ojalá a la escuela de la villa, donde había hasta quinto grado y libros buenos en que poder estudiar. Además, así podría ganar más; con lo que ganaba apenas les alcanzaba para medio vivir. Pero jamás otra persona que no fuera su madre, se interesó por ella. Los señores inspectores que velaban por el orden de las escuelas en que trabajaba, eran gentes demasiado preocupadas en los trascendentales problemas de la instrucción, para fijarse en la pobre muchacha que les hablaba con voz humilde. Además, como era muy tímida, en cuanto uno de estos señores asomaba a la puerta de su aula, perdía el dominio sobre sí misma y no lograba formular una sola pregunta sensata, lo cual hacía que no se la viera con buenos ojos. Nunca consiguió que le dieran otro grado que el primero. ¡Doce años de enseñar a leer mocosillos! Algunas de sus primeras discípulas ya se habían casado.

Era desolador oír su voz en los mediodías, cuando el sol quema y cantan las cigarras, emitir sonidos haciendo coro con los niños: p-a-l-a pa-la pala.

Desgraciadamente tenía un espíritu melancólico e inconforme que se intensificaba cada vez más. Cuando emprendía por las mañanas el camino del pueblo en que era maestra, y veía los potreros tan frescos y verdes por las continuas lluvias, los paredones y las hondonadas vestidas de flores y aspiraba el olor enervante de la tierra mojada, le invadía

un gran deseo de echarse a la vera del camino y dormir y nunca despertar. Pensaba sin alegría, más bien con desgano, en la parvada de chiquillos sucios y anémicos que la esperaban en aquella pieza de piso de tierra, de paredes enjalbegadas, en las que la capa de cal se hendía y se caía a pedazos. Por la puerta abierta, veía todo el día el patio de la casa vecina, con su gran cerda negra revolcándose en los charcos y los alborotos y luchas de las gallinas, cada vez que les arrojaban algún desperdicio.

Y cuando por la tarde regresaba a su casa, bajo los aguaceros o entre la neblina y miraba los árboles tan quietos y como si los agobiara un pensamiento doloroso, volvía a sentir el anhelo de doblar las rodillas, y quedarse tendida bajo el cielo gris erizado de lluvia. La esperaba la madre con la comida, que en los últimos tiempos se hiciera más escasa porque así lo exigía el sueldo disminuido con lo de las célebres *tercerillas*.

La madre era una mujer parecida a la hija, que hablaba con voz doliente, caminaba arrastrándose y cada rato suspiraba un: «¡Ay, Jesús mío!»

Comían en silencio y después se iban a la salita de paredes ahumadas y de vigas ennegrecidas. Préndiase la pequeña lámpara que dejaba oscuros los rincones; Albina cosía o leía en la penumbra, la anciana desgranaba su rosario y de rato en rato suspiraba: «¡Ay! ¡Jesús mío!» A menudo Albina se quedaba con la aguja en el aire o dejaba caer el libro en el regazo y pensaba. ¿Qué triste es todo! ¿Por qué no nos envía Dios la muerte a mi madre y a mí? Después se acostaban. Muchas veces antes de dormirse, lloraba. Las lágrimas primero humedecían sus labios y después su almohada. Los domingos iba a misa. Sentía lástima de sí misma al encontrarse vistiéndose su mejor traje y pasándose una capa de polvos de arroz sobre el rostro pálido y desteñido, ante el espejito que colgaba junto a su cama. A la salida conversaba un rato con las compañeras de profesión en un banco de la plaza, bajo los árboles, pero pronto se quedaba silenciosa. ¿Acaso ella tenía algún dulce secreto que confiarles? Alejábase lentamente, dejando tras sí la alegría que salía en las carcajadas y palabras de las bocas juveniles de sus compañeras.